

Introducción

El futuro no nos juzgará por olvidar, sino por recordar demasiado bien y aun así no actuar de acuerdo con esos recuerdos.

ANDREAS HUYSEN

El Holocausto constituye la mayor tragedia registrada en la historia contemporánea, y es una manifestación del fracaso de los valores fundamentales de la civilización europea. En el plano global, la memoria histórica de esta catástrofe, centrada en su registro y reconstrucción crítica y testimonial, no siempre se encuentra alineada con la memoria colectiva, que se refiere a su asimilación e interpretación subjetiva por parte de un grupo social determinado. Esta última se construye sobre la base de un discurso lúdico y mediático que, sin la debida atención crítica, se distancia e incluso, en el peor de los casos, actúa como sucedáneo de una memoria histórica y testimonial que responde a propósitos éticos, pedagógicos y conmemorativos. Esto puede desencadenar una situación en la que la valoración de este evento quede expuesta a su tergiversación, limitando las posibilidades de llevar a cabo una reflexión histórica, ética y política sobre el mismo. De hecho, y como refleja la representación cultural del Holocausto desde los años setenta hasta el siglo XXI, la cultura mediática sobre la que se asienta la memoria colectiva de este acontecimiento tiende a desestabilizar toda jerarquía epistemológica para configurar una memoria global en la que se funden la historia y la ficción. Si bien esta memoria global actúa puntualmente como estímulo

para la reflexión crítica y ética, en otras ocasiones instrumentaliza e incluso falsifica este evento sin que apenas se aprecie el desajuste entre ambas.

Durante décadas, supervivientes y críticos culturales como Elie Wiesel, Claude Lanzmann, Jorge Semprún, Herbert Marcuse y Theodor Adorno han denunciado el distanciamiento entre la memoria histórica y la cultura popular, y expresado el temor de que la segunda desplace a la primera como fuente de reflexión crítica y ética. Esta circunstancia se vuelve más acuciante en un contexto en el que internet, las plataformas de difusión digital y las redes sociales adquieren cada día mayor relevancia, y en el que, prácticamente, han desaparecido los últimos supervivientes. En un escenario así, la memoria de este capítulo central en la historia contemporánea afronta el desafío de establecer relaciones mutuamente informativas entre la reflexión crítica, el conocimiento histórico y el consumo cultural que permitan preservar el legado testimonial del acontecimiento frente a la proliferación de enunciados que apenas dejan marca en la consciencia colectiva.

En lo que respecta a la cultura general, la cadena estadounidense CNN y Claims Conference —una organización del mismo país, que promueve la compensación material y económica de los supervivientes del Holocausto— desarrollan dos estudios paralelos en 2018 en los que constatan un deterioro preocupante del conocimiento sobre esta cuestión en Europa y Estados Unidos. Estos resultados son especialmente acusados entre el alumnado de secundaria y el universitario, lo que hace saltar las alarmas tanto de las organizaciones de víctimas y supervivientes como de algunos centros especializados en el análisis del tema. De hecho, y al margen de la falta de conciencia histórica que ello implica, la desinformación a la que aluden dichos informes allana el camino para el resurgimiento del antisemitismo a nivel internacional desde perspectivas que invocan e incluso manipulan la historia y la memoria del nazismo atendiendo a finalidades políticas. Así, por ejemplo, el estallido de un nuevo conflicto en Oriente Medio en octubre de 2023 estimula la organización de protestas en defensa de los derechos humanos del pueblo palestino, y estas protestas, como subraya Peter Singer, son aprovechadas por grupos antijudíos «como pretexto para incitar el odio hacia cualquier persona de ascendencia hebrea, independientemente de sus opiniones sobre lo que está sucediendo en Gaza» (web). Estos colectivos recurren a lemas y cánticos que evocan el genocidio judío, sin mostrar necesariamente una conciencia clara sobre su significado. Eslóganes como «los hebreos controlan el mundo» resuenan en ciudades, campus universitarios y espacios políticos como muestras de rechazo ante la masacre que llevan a

cabo las Fuerzas de Defensa Israelíes (FDI) en territorio palestino desde 2023, ignorando la densidad ética y política de estas expresiones.

Evidenciando la distancia entre la memoria histórico-testimonial y el conocimiento general sobre este evento, un sector minoritario de los manifestantes contrarios a la actuación de Israel en Palestina se impregna de una visión radical del conflicto en la que, como indica Alvin Rosenfeld, «se niega por completo el Holocausto nazi como un crimen genocida contra los judíos o, a través de actos radicales de distorsión e inversión, se apropia y reconfigura para acusar a los judíos israelíes de ser “nazis” culpables de crímenes “genocidas” contra los árabes palestinos» (*End Holocaust*, 7).¹ En el contexto de la crisis humanitaria de los últimos años, resulta significativo que, tanto en las protestas como en los medios de comunicación, se invoque con mayor frecuencia la memoria del nazismo que el conflicto que tuvo lugar en la Franja de Gaza entre diciembre de 2008 y enero de 2009 bajo la denominación, en hebreo, de «Operación Plomo Fundido», o, en árabe, la «Masacre de Gaza». Al igual que en la actualidad, el propósito de las fuerzas israelíes en el primero de estos conflictos fue la eliminación del grupo terrorista Hamás, lo que produjo, de forma paralela, una masacre de la población civil palestina.² A pesar de constituir un antecedente reciente, tanto este evento como otros similares que le preceden quedan excluidos del imaginario colectivo, dejando un vacío en el que proliferan perspectivas antisemitas del Holocausto. Este espacio es ocupado por un antisemitismo que opera a escala global y que, bajo una trampa retórica que simplifica la reflexión histórica y ética, equipara, como apunta Rosenfeld, a los judíos con los nazis y a los palestinos con los judíos durante el nazismo (*End*, 156). De este modo, el error, el malentendido y el no-reconocimiento del otro —según observa Imre Kertész— se imponen de nuevo como leyes fundamentales del mundo (Kertész, 15).

Los eslóganes antisemitas empleados tanto en las redes sociales como en muchas de las protestas contra Israel durante la primavera de 2024 invocan el mayor genocidio del siglo xx para denunciar la violación de los derechos

¹ Rosenfeld define la identificación del genocidio judío con el sufrimiento del pueblo palestino a causa de la confrontación entre este y el Estado de Israel como «una fórmula simplista [que] se ha convertido en un elemento básico en la retórica del antisionismo contemporáneo. La acusación que hace no tiene fundamento, pero es retóricamente pegadiza y se emplea habitualmente para difamar a Israel con el calificativo de nazi» (*End*, 153).

² Según Amnistía Internacional, «en los veintidós días que duró la operación “Plomo Fundido”, murieron unos mil cuatrocientos palestinos, entre ellos trescientos niños y niñas, más de ciento quince mujeres y unos ochenta y cinco hombres de más de cincuenta años» (web).

humanos contra el pueblo palestino, lo que supone una perversión de la memoria del Holocausto por una causa que, aun cuando sea legítima en su fondo, no lo es en su forma. Del mismo modo, desacreditar toda respuesta crítica con el Estado de Israel como antisemita, o comparar las protestas estudiantiles en defensa del pueblo palestino con las manifestaciones nazis de los años treinta —como hace el primer ministro de Israel, Benjamín Netanyahu, en un mensaje que publica en la red X— supone, según indica Singer, un despropósito (X, 24 de abril, 2024). Independientemente de sus motivaciones, cabe señalar que, hasta la fecha, la comparación de tragedias ha probado ser una estrategia inefectiva a la hora de promover la defensa de los derechos humanos y, más específicamente, a la hora de atenuar la compleja situación en Oriente Medio desde que se fundara el Estado de Israel en 1948. Más aún, distintos colectivos en Europa y Estados Unidos aprovechan este conflicto para escenificar sus desacuerdos y fomentar la polarización en otros contextos políticos y sociales. Estos desencuentros quedan con frecuencia simplificados en los medios de comunicación e incluso en el discurso político como posturas que se configuran sobre la base de su contraposición, y que reducen la paz y los derechos humanos a lugares comunes de sus discursos. Sobre la base de esta dinámica, el antisemitismo se solapa subrepticamente con posturas antisionistas que supeditan toda reflexión sobre los derechos humanos al rédito que ello pueda proporcionar. El conflicto entre Israel y Palestina queda así sujeto a juegos y maniobras políticos en los que el cliché, la imagen y los titulares de prensa adquieren un valor desorbitado.

De modo comparativo, y frente a las protestas globales que se producen, por ejemplo, como rechazo a la guerra de Iraq entre los años 2002 y 2003 —y que en España cristalizan bajo el lema del «No a la guerra»—, en el caso del conflicto palestino-israelí que se desata en el 2023, algunos grupos radicales abandonan la paz como aspiración política para reivindicar una violencia retributiva que revictimice al pueblo judío sobre la base de su memoria más trágica. Como anticipa Rosenfeld, «la memoria del Holocausto, lejos de ser profiláctica, es capaz de provocar nuevas formas de hostilidad antijudía que, en sus formas más extremas, evocan los campos de exterminio nazi como precedentes» (*End*, 278). Las expresiones de paz ceden ante manifestaciones antisemitas que apelan a la memoria del genocidio judío, no como práctica ética y política cuyo propósito es prevenir nuevas violaciones de los derechos humanos, sino como justificación de una violencia pasada, que se proyecta también como una posibilidad real en el futuro. En este caso, la dialéctica no se establece entre la guerra

y la paz, sino entre qué víctimas deben quedar al margen de los derechos humanos y quiénes merecen su protección. Las alusiones al Holocausto que surgen en el contexto de estas manifestaciones ponen de relieve que esta catástrofe histórica no ha caído en el olvido, sino que, peor aún, reemerge en momentos de crisis para revertirse contra las víctimas del mayor desastre humanitario del siglo xx. En este contexto, el principio del «Nunca más» que adoptan las Naciones Unidas en 1948 se reduce a un eslogan político y diplomático cuyas pretensiones de universalidad —y de constituir un imperativo categórico— se vuelven ilusorias.

Esta situación refleja el deterioro de la conciencia histórica del Holocausto y la disociación entre la memoria de este evento y el discurso testimonial durante las dos primeras décadas del siglo xxi. Así, el informe de Claims Conference —que lleva a cabo la consultora Schoen Consulting— destaca la preocupante carencia de conocimientos básicos sobre este evento entre los adultos menores de cuarenta años. De forma paralela, el reportaje sobre antisemitismo que lleva a cabo Richard Allen Green en CNN —titulado «Una sombra sobre Europa» (*A Shadow Over Europe*)— advierte que uno de cada veinte europeos nunca ha oído hablar del Holocausto. En este estudio participan individuos de Austria, Francia, Alemania, Polonia, Hungría, Suecia y Gran Bretaña, es decir, de países que experimentan de primera mano las consecuencias del nazismo y donde, parecería razonable asumir, podría apreciarse una especial sensibilidad hacia este evento. Según la investigación, una de cada cinco personas en Francia de entre dieciocho y treinta y cuatro años reconoce no tener conocimientos básicos sobre el tema, mientras que el 56 % de la población austriaca manifiesta desconocer que seis millones de judíos fueron exterminados durante el Holocausto.³

Estos resultados son consistentes con el informe de Claims Conference, en el que participan 1.350 estadounidenses. En esta ocasión, el 11 % de los entrevistados afirma no haber escuchado el término *Holocausto* con anterioridad a la realización de la encuesta, cifra que se eleva al 22 % por ciento entre la generación denominada como *millennials*, es decir, entre aquellos

³ Según indica Jack Jedwab, «De los estudios empíricos realizados hasta la fecha, los observadores se han sorprendido por la cantidad de personas que reportan un conocimiento limitado o nulo sobre el Holocausto. Quizás esto se deba a que los líderes en el campo de la educación sobre el Holocausto establecen un nivel demasiado alto en cuanto al nivel de conocimiento deseado. “El mundo debe saberlo”, el título de una publicación de 1993 de Michael Berenbaum, exdirector del Museo Conmemorativo del Holocausto de Estados Unidos, probablemente captura el objetivo de muchas personas que promueven el conocimiento sobre el Holocausto» (274).

individuos nacidos entre 1980 y principios del siglo *xxi*. El 66 % de este grupo demográfico tampoco puede identificar Auschwitz como un campo de exterminio. En el estado de Nueva York, donde el estudio de esta tragedia histórica forma parte del currículum general de la enseñanza pública, el 58 % de los encuestados es incapaz de nombrar un campo nazi. Estos resultados sugieren que el sistema educativo resulta insuficiente a la hora de atajar el desconocimiento y la ausencia de reflexión histórica y política que, durante décadas, promueven distintas organizaciones de supervivientes, académicas y memoriales. De hecho, y según el informe de Green, los jóvenes que estudian el Holocausto como parte del sistema de educación pública en Estados Unidos muestran una mayor tendencia a considerar este acontecimiento como un mito y a creer que su impacto ha sido exagerado. Esto parece confirmar la creencia popular de que un conocimiento insuficiente resulta a veces más peligroso que la ignorancia absoluta sobre un evento que pueda resultar particularmente sensible desde el punto de vista de los derechos humanos. Sobre la base de estos resultados, y asumiendo las limitaciones que se puedan derivar de las encuestas de opinión, estos estudios determinan que la visibilidad política y cultural del Holocausto no implica un incremento cualitativo en la educación general y que, sin la debida contextualización crítica, estos conocimientos pueden incluso revertirse contra la memoria de las víctimas y sus descendientes.

Rosenfeld anticipa estas conclusiones cuando afirma que la transformación del Holocausto en un producto de entretenimiento o en un instrumento político puede derivar en una situación que reduzca este evento «al estatus de un espectáculo horripilante o un drama moderno de la pasión, el inmenso peso histórico y moral de los crímenes nazis reducido a las categorías familiares de un sermón de escuela dominical o un espectáculo convencional de taquilla» (*End*, 9). El autor da un paso más para afirmar que «ya estamos en una época así, con todo lo que ello implica en cuanto a la disminución de la memoria histórica y el embrutecimiento de cualquier sentido moral que requiera mantener una visión lúcida del pasado» (*End*, 9). Con esto, Rosenfeld no quiere decir que esta memoria corra el riesgo de desaparecer, sino que la conciencia histórica y, por consiguiente, el consenso sobre la naturaleza traumática de este episodio histórico, se encuentran en entredicho. Como argumenta este último autor, y según sugieren también CNN y Claims International, la memoria del Holocausto no ha logrado extirpar el espectro del antisemitismo ni la percepción de la cultura judía según esquemas binarios que la relegan a una posición de otredad histórica, cultural e incluso racial. En otras palabras, el triunfo sobre el nazismo —y al que se

apela cada vez que se invoca el principio del «Nunca más»— se encuentra lejos de constituir una victoria definitiva contra el antisemitismo y cualquier otra manifestación de odio hacia un colectivo determinado. Contrariamente a lo que viene sucediendo, este propósito requiere reactivar continuamente los mecanismos de reflexión crítica y ética que se derivan de la memoria histórica y testimonial, de forma que sea posible prevenir la instrumentalización política del Holocausto y, como aspiración kantiana, prevenir también que un evento similar se repita.

Como dato más optimista, la mayoría de los encuestados en los estudios anteriores considera importante continuar educando sobre el Holocausto como mecanismo de prevención de otras tragedias futuras. Esta opinión evoca el propósito que subraya Adorno en *Dialéctica negativa*, y que avalan hoy las Naciones Unidas, de que resulta fundamental «orientar el pensamiento y la acción de modo que Auschwitz no se repita, que no vuelva a ocurrir nada semejante» (365). El principio del «Nunca más» al que se remite el pensador alemán —y que alude originalmente a la caída de Masada al final de la primera guerra judeo-romana (66-73 a. C.)— constituye una consigna fundamental para conocer el pasado y, como indica el filósofo español Manuel Reyes Mate, entender su relevancia «aquí y ahora» (*Memoria*, 10).⁴ Desde esta perspectiva, el conocimiento y la reflexión sobre este evento deben superar la constatación del dato histórico, e incluso la reacción empática, para incidir sobre el comportamiento cívico y político de la audiencia y sobre sus actitudes ante los desafíos que plantean la diversidad, la justicia social y los derechos humanos en el mundo contemporáneo.

Entre las dificultades que afronta el sistema educativo para abordar el Holocausto se encuentran la falta de formación apropiada por parte del profesorado y los retos éticos, sociales y administrativos que surgen a la hora de implementar un currículum adecuado para el estudio de este tema. En relación con este último punto, la Asociación Histórica del Reino Unido (*UK Historical Association*) publica en 2007 un informe titulado *TEACH (Teaching Emotive and Controversial History)* en el que subraya la falta de confianza de los docentes para impartir estos contenidos, el miedo a parecer insensibles ante determinados grupos sociales y la tendencia a asumir, en un acto de dispersión de responsabilidad, que este evento se tratará de

⁴ Indica Vicente Sánchez-Biosca que el objetivo de la memoria no es «asentar los hechos tal y como se produjeron, sino bajo la forma de una revisión de nuestro encuentro con ellos; desde el presente y, por consiguiente, analizando cómo otros “presentes” intermedios entre los acontecimientos y nosotros se han enfrentado con ellos y han influido en nuestra visión» (14).

forma más exhaustiva en otro lugar o contexto (15).⁵ Más aún, el sistema educativo concibe la memoria del Holocausto, más que como una práctica ética y crítica, como un contenido que, bajo la ilusión de la objetividad y la transparencia, elude la materia herida de la memoria y circunscribe su estudio a cuestiones consensuadas de antemano. Como recuerda Reyes Mate, «estamos en la sociedad del conocimiento... útil. Y los que hablan de “Educación en valores” tienen sus prioridades: hay que ser positivo, hay que mirar hacia adelante, hay que hacer valer las fortalezas. Y lo de Auschwitz es triste, deprimente» (No hablar, 11).

A pesar de los desafíos inherentes a la enseñanza del Holocausto, en un análisis que lleva a cabo en el año 2020, Claudia Ramírez Wiedeman —investigadora de la Fundación Shoah de la Universidad del Sur de California (usc)— concluye que los estudiantes que abordan este tema en la educación secundaria muestran mayores índices de pensamiento crítico, competencia cívica y responsabilidad social (2).⁶ Estos beneficios resultan particularmente reseñables en el caso de aquellos estudiantes que interaccionan con relatos testimoniales, lo que, desde el punto de vista de esta autora, supone una práctica educativa de alto impacto. De acuerdo con Ramírez Wiedeman, los individuos que participan en estas prácticas muestran una probabilidad significativamente mayor de comprender por qué los judíos y otros grupos minoritarios fueron objeto de la persecución y del exterminio nazi, y de apreciar conexiones conceptuales y éticas entre este evento y otras violaciones de los derechos humanos. Por otro lado, la investigadora no señala diferencias significativas cuando compara a quienes reciben una formación genérica sobre el Holocausto que excluye el uso de materiales testimoniales

⁵ Según Alan Marcus *et al.*, «Aunque la empatía histórica ha sido un componente central de la educación en historia, existe poca investigación que explore la empatía en el contexto de la enseñanza sobre el Holocausto. En general, el campo ha destacado las presiones de las pruebas estandarizadas, el temor a la oposición de los padres o la comunidad, la falta de apoyo administrativo, la ansiedad sobre las respuestas emocionales de los alumnos y la falta de compromiso para participar en la crítica social o abordar la naturaleza interpretativa de la historia como razones por las que los docentes evitan involucrarse con “historias difíciles” y temas controvertidos» (281).

⁶ Ramírez Wiedeman evalúa los resultados de una encuesta diseñada por la organización estadounidense Lucid Collaborative y distribuida por la empresa nacional de sondeos del mismo país YouGov. Para este estudio, se emplea una muestra representativa a nivel nacional de estudiantes universitarios estadounidenses de entre dieciocho y veinticuatro años. La encuesta mide, como explica la investigadora, el conocimiento y la comprensión del Holocausto, las habilidades de pensamiento crítico, la tolerancia, la empatía y el respeto hacia distintos puntos de vista y experiencias por parte de los estudiantes (2).

con aquellos que no participan en ninguna práctica educativa (8). Estos resultados validan el énfasis de las asociaciones memoriales en la importancia del relato testimonial, ya sea a través de la interacción directa con los supervivientes o de su expresión artística o literaria.

Hasta la fecha no se ha llevado a cabo en España un estudio de similar envergadura al realizado por CNN y Claims Conference. Marta Simó desarrolla un proyecto pionero, aunque limitado y de menor alcance que los informes anteriores, sobre el conocimiento del Holocausto en Cataluña en una tesis de máster que completa en la Universidad de Cracovia en el año 2005. Dos años más tarde, la investigadora emprende una iniciativa similar en Asturias en colaboración con el Grupo Educativo Eleuterio Quintanilla. En el primero de estos estudios participan 196 estudiantes y en el segundo 862. El propósito de estos proyectos es determinar el nivel de conocimiento de los estudiantes, evaluar sus fuentes e identificar sus posturas éticas y morales sobre el nazismo y el judaísmo (Simó, 304-305). Esta investigación incluye el análisis de contenidos curriculares y libros académicos, además de una encuesta sobre los conocimientos y actitudes de los participantes (Simó, 304). En ambas ocasiones, los datos señalan que el alumnado posee un conocimiento restringido acerca del Holocausto y que sus fuentes de información histórica proceden principalmente del cine y la literatura comercial (Simó, 305).

De forma más sistemática, y desde el año 2013, el Ministerio del Interior elabora informes anuales sobre incidentes de odio en España, que incluyen también aquellos motivados por el antisemitismo. Por su lado, y desde el 2009, la Federación de Comunidades Judías de España y el Movimiento contra la Intolerancia Pública generan sus propios registros periódicos a través del Observatorio del Antisemitismo. A diferencia del enfoque que adopta el Ministerio del Interior, que solo tiene en cuenta casos que constituyen un delito, el Observatorio del Antisemitismo considera situaciones que no traspasan el umbral jurídico. Tanto los documentos ministeriales como los de la Federación de Comunidades Judías constatan la persistencia, más que de delitos de odio contra este colectivo, de prejuicios que permanecen enquistados en la sociedad y en la cultura popular.

A modo de ejemplo, el informe del Observatorio de Antisemitismo del año 2019 pone de relieve la instrumentalización de la memoria del Holocausto para obtener una contrapartida política, reivindicar una superioridad moral o suscitar el interés del receptor por cuestiones sociales o culturales que nada tienen que ver con el genocidio judío. En referencia al movimiento por la Independencia de Cataluña, este informe indica que la situación polí-

tica en esta región «ha propiciado la utilización frecuente de comparaciones entre las víctimas del nazismo con los dirigentes catalanes en prisión» (9). Con anterioridad, partidos políticos ideológicamente dispares, como el Bloque Nacionalista Galego (BNG) y el partido ultraderechista Vox, se niegan a condenar el Holocausto en los años 2014 y 2020, respectivamente. Finalmente, el informe aporta también evidencia de comentarios antisemitas en los medios de comunicación en los que se compara el asesinato de más de treinta mil judíos en Babi Yar (Ucrania) en 1941 con la matanza de un número similar de cerdos en el pueblo oscense de Binéfar. Estos ejemplos reflejan la trivialización política y social del Holocausto en un contexto que, si bien no puede definirse sobre la base de casos anecdóticos, refleja un alto grado de tolerancia política y social frente a la desinformación. Esta situación se agrava tras el inicio del conflicto palestino-israelí en octubre del 2023, como refleja el Observatorio del Antisemitismo en una carta abierta que dirige al presidente del Gobierno de España, Pedro Sánchez, y a los grupos parlamentarios el 26 de abril de 2024. Esta misiva, a la que se adhieren más de cuarenta organizaciones civiles, denuncia la creciente intolerancia hacia el pueblo judío en el mundo —también en España— y la complicidad, por omisión o colaboración, de distintas autoridades políticas, educativas y medios de comunicación.

En lo que respecta al ámbito educativo —y tras la adhesión de España en el año 2008 a la Alianza Internacional por la Memoria del Holocausto (IHRA, por sus siglas en inglés)— el Gobierno español reconoce la importancia de abordar el genocidio judío en el sistema de enseñanza pública, pero dentro de un contexto más amplio sobre valores democráticos y derechos humanos, lo que, en la práctica, resta especificidad a este evento. Así, por ejemplo, la Ley Orgánica 8/2013 de 9 de diciembre para la mejora de la calidad educativa establece la necesidad de estimular el aprendizaje de aquellos valores «que sustentan la democracia y los derechos humanos, que debe incluir en todo caso la prevención de la violencia de género y el estudio del Holocausto judío como hecho histórico» (web). En aplicación de esta ley, se desarrolla el Proyecto Shoah, un programa de formación del profesorado en el que, durante los años 2016 y 2017, participan docentes de más de cuarenta centros educativos. No obstante, queda aún pendiente la tarea de evaluar el impacto de esta iniciativa a largo plazo y de articular valoraciones comparativas y mutuamente informativas con respecto a otros países.

En cuanto a la memoria colectiva —entendida como conocimiento socialmente compartido—, y como apuntan Rosenfeld y Simó, la población general tiende a configurar su comprensión del Holocausto sobre la base

de productos culturales destinados a su consumo lúdico. Así, mientras que la memoria histórica de este evento queda contenida en el marco de las organizaciones memoriales, museos y centros especializados, la memoria colectiva se forja sobre su representación en el cine, la televisión, la literatura comercial, las redes sociales y otras manifestaciones culturales que, con independencia de las buenas intenciones que las motiven, se producen al margen de un proyecto de educación cívica y moral. La diversidad de medios y materiales sobre los que se construye la memoria del Holocausto hace necesario, como indica Rosenfeld, «pensar en la naturaleza y función de estas formas de mediación, así como en los tipos de información e interpretación histórica que transmiten» (*End*, 2-3).⁷

En lo que respecta a la distinción entre la memoria colectiva e histórica, José Colmeiro define la primera como una memoria social que se articula sobre hitos del pasado que son asimilados como productos de consumo. Se trata, por decirlo de otro modo, de una memoria pública en la que cristaliza un conocimiento compartido, y que por lo general se desarrolla al margen de las instituciones académicas y memoriales. La memoria histórica, por otro lado, se caracteriza por la conceptualización, comprensión e interpretación crítica de acontecimientos históricos que pasan a formar parte del acervo político y cultural de una comunidad (Colmeiro, 17-18). En cualquier caso, esta escisión entre la memoria histórica y colectiva no se establece sobre la base de demarcaciones claras. Por el contrario, la memoria global del Holocausto —es decir, aquella que se asume como compartida más allá de toda demarcación política, étnica o geográfica, y que se difunde a través de los medios de masas— surge del diálogo continuo y transversal entre la memoria testimonial, las prácticas políticas y conmemorativas, la cultura lúdica y la memoria histórica local o nacional.

La interacción entre la memoria histórica y la colectiva —y teniendo en cuenta que ambas operan de forma más o menos explícita en un contexto de mercado— conforma el amplio espacio cultural en el que se configura la memoria global del Holocausto. A modo de amplitudes máximas, este espacio oscila entre el compromiso con la preservación y difusión de la memoria testimonial de los supervivientes y la reflexión ética y política, por un lado, y la reificación del Holocausto como un producto lúdico

⁷ Rosenfeld advierte que la atención al Holocausto «puede tomar formas extrañas, convirtiendo el asesinato de millones en programas de entretenimiento popular, estrategias de acción política, nuevas formas de expresión teológica y litúrgica o plataformas bien intencionadas, pero a menudo banales para la educación civil y moral» (*End*, 9).

destinado a su consumo, por el otro. El espectro que se abre entre estos extremos permite la articulación de múltiples combinaciones discursivas que, con frecuencia, desdibujan las fronteras entre el discurso testimonial y académico (como cimienta de la memoria histórica) y la representación comercial (como pilar de la memoria colectiva). La versatilidad de estos discursos exige un esfuerzo de interpretación crítica por parte de la audiencia, de forma que sea posible discernir y explorar puntos de intersección entre la reflexión ética y política, la conmemoración, el consumo y los abusos de la memoria.

Conviene destacar, no obstante, que el diálogo entre la memoria histórica y la colectiva no garantiza el equilibrio entre ambas. Como vienen advirtiéndolo durante décadas los académicos de la Escuela de Frankfurt, Adorno y Marcuse, y supervivientes como Elie Wiesel, Primo Levi y Claude Lanzmann, la memoria colectiva tiende, con el paso del tiempo, a distanciarse de la reflexión histórica, ética y política, hasta el punto, en el peor de los casos, de trivializar el genocidio judío. Desde las perspectivas de estos autores, el cine y la literatura de masas reducen con frecuencia el Holocausto a un trasfondo histórico que, en última instancia, desincentiva el pensamiento crítico. Para ilustrar esta cuestión, Primo Levi se remite a una ocasión en la que un estudiante le pregunta por qué no escapó del campo de concentración. Tras escuchar la explicación del superviviente y pedirle que dibuje un mapa del campo en la pizarra, el joven le da instrucciones precisas sobre qué debe hacer si en algún momento vuelve a verse en una situación similar: «Por la noche, corta la garganta del centinela; luego, ponte su ropa; inmediatamente después, corre hacia la central eléctrica y corta la electricidad, para que se apaguen los reflectores de búsqueda y se desactive la valla de alta tensión; después de eso podrás irte sin ningún problema [...]. Si te vuelve a pasar, haz lo que te digo. Verás que podrás hacerlo» (*Drowned*, 143). Primo Levi atribuye estas recomendaciones a la imaginación de un colegial que se nutre de novelas, películas y mitos. Estas representaciones suplantando la verdad histórica con simplificaciones y estereotipos, lo que, como indica el superviviente, requiere establecer diques de contención crítica que impidan la tergiversación del Holocausto como si se tratase de un relato de aventuras.

Más aún, la memoria histórica y colectiva difieren en su capacidad de interpelar éticamente a la audiencia como sujeto de memoria. Así, y superando la reacción empática o la evasión lúdica que persigue generalmente la industria del entretenimiento, el discurso testimonial se propone estimular una respuesta heteropática que involucre al receptor en la conmemoración, articulación y difusión de la memoria. Kaja Silverman define esta reacción

como un proceso de identificación incorpórea con un *otro* que reconoce su alteridad pero que asimila los parámetros de proyección especular del testigo (*Threshold*, 24-25). Dominick LaCapra, por su lado, explica el concepto de identificación heteropática como «una forma de experiencia virtual, no vicaria... en la que la respuesta emocional viene acompañada de respeto por el otro y la comprensión de que la experiencia del otro no es la propia» (40). Esta responsabilidad heteropática resulta esencial a la hora de construir un marco conceptual que, tomando como referente la memoria del Holocausto, permita reflexionar sobre otras tragedias humanitarias y reafirmar el compromiso ético y político con su prevención.

Sin embargo, y aun cuando aporte un valioso modelo metodológico y conceptual, la memoria del Holocausto no garantiza la transferencia de empatía ni el reconocimiento de otras violaciones de los derechos humanos. Por el contrario, el tratamiento y la atención que reciben las víctimas de otros desastres humanitarios responde a un complejo proceso de valoraciones, y, a veces, de negociaciones políticas y culturales que determinan los mecanismos de calibración ética y moral de estos eventos. Edward Linenthal subraya la fragilidad de la memoria histórica en aquellos casos en los que esta interfiere con intereses políticos y económicos de seguridad nacional. Tomando como referente el genocidio armenio durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918) en el Imperio otomano, este autor recuerda que «la importancia geopolítica de Turquía como aliado de la OTAN, y el temor de molestar a tal aliado, se juzgó como más importante que el reconocimiento oficial del genocidio armenio» (238).

De forma similar, el genocidio que lleva a cabo el Tercer Reich contra las comunidades romaní y sinti durante la Segunda Guerra Mundial constituye un evento que, si bien no ha caído en el olvido, no ha recibido una atención proporcional a la del exterminio judío. De hecho, y como indica Rocío Negrete Peña, el peso de los testimonios de la comunidad judía —y, en el caso de los deportados políticos, de los comunistas y gaullistas franceses— reduce la visibilidad de otros homicidios cometidos por los nazis (248). Esto puede llevar a valoraciones comparativas infructuosas en las que distintos colectivos compiten por el reconocimiento de la tragedia que les afecta. Así, por ejemplo, y en lo que respecta específicamente al genocidio romaní y sinti, Briseida Zenobia denuncia el escaso interés que despierta entre la comunidad académica y el público general, lo que pone de relieve la particularización y la relatividad de los criterios éticos que podrían derivarse de la memoria del exterminio judío (web). Aquella tragedia permanece débilmente articulada bajo la magnitud, en términos cuantitativos, de esta

última catástrofe, aun cuando el impacto cualitativo de la primera sobre las comunidades romaní y sinti sea igualmente devastador. En este sentido, el Holocausto genera lo que Semprún denomina pensamiento hemipléjico, es decir, moralmente incongruente y compartimentalizado, de manera que impide la transferencia empática y heteropática entre distintos eventos trágicos de la historia. Como indica este autor,

El pensamiento antifascista occidental, en su mayoría, por no decir en su totalidad, ha sido hemipléjico: solo ha sabido considerar un aspecto de la realidad, el que se refiere a los males y las injusticias, evidentes, de nuestras democracias de masas y de mercado [...] Pero este pensamiento no ha sabido elaborar ni una teoría global ni prácticas que permitan confrontar el totalitarismo en cualquiera de sus manifestaciones (Tumba nubes, 151).

Semprún introduce esta idea cuando denuncia la indiferencia que produce el totalitarismo soviético entre individuos que, por otro lado, se horrorizan ante los campos de exterminio nazi. Según argumenta el autor en sus ficciones autobiográficas —particularmente en *Aquel Domingo* (1980) y en *La escritura o la vida* (1994)—, la victoria aliada no conlleva una crítica equivalente al estalinismo, a pesar del carácter casi coetáneo entre ambos eventos. Más aún, el discurso cultural pasa frecuentemente por alto que los campos nazis continúan funcionando tras su liberación. Buchenwald y Sachsenhausen, por ejemplo, se transforman en campos de concentración soviéticos en los que, según Tzvetan Todorov, «se estima en ciento veinte mil el número de esos nuevos habitantes de los antiguos campos y en cuarenta y cinco mil el de los muertos por fusilamiento o a consecuencia del agotamiento, de las enfermedades y del hambre» (298). Esta aproximación a la memoria puede estimular la condena más vehemente de casos específicos de violaciones de los derechos humanos —particularmente cuando estas se producen en Europa y Norteamérica—, al mismo tiempo que ignora o justifica otras que afectan a colectivos desfavorecidos económica, cultural y políticamente.

Recurriendo a ejemplos más contemporáneos, la crisis humanitaria que produce el conflicto armado que se inicia en Sudán en abril de 2023 no estimula la misma atención mediática y política que reciben las víctimas de la invasión rusa de Ucrania en 2022, y esta última pasa a su vez a un segundo plano mediático tras el último estallido del conflicto palestino-israelí en octubre de 2023.⁸

⁸ Como indica Oliver Darcy en un artículo que publica en CNN el 17 de noviembre de 2023, «los datos de subtítulos cerrados del Archivo de Televisión por Internet, analizados por el Proyecto GDELT, mostraron que en las noticias por cable, la cobertura de la guerra

La representación de estos eventos en los medios de comunicación y, junto con ella, la atención y empatía de la audiencia, opera de acuerdo con una lógica competitiva que prioriza la inmediatez y las cuotas de audiencia sobre toda consideración humanitaria. En este contexto, la consigna del «Nunca más» dista aún de ser, no solo un imperativo ético de aplicación universal, como proponen las Naciones Unidas, sino también una hoja de ruta del pensamiento político contemporáneo. Adama Dieng, subsecretario general y consejero especial de la Secretaría General de Prevención del Genocidio, manifiesta esta apreciación cuando —a raíz de la masacre que sufren los yazidíes en Oriente Medio en el año 2016 y la persecución que sufre el pueblo rohingyá, minoría étnica musulmana de Myanmar, en el 2018— afirma que el «Nunca más» se ha transformado en el «Una y otra vez» (citado en *Genocide, Never Again*).

En un contexto político y mediático de carácter global en el que se justifican y racionalizan formas de violencia contra los más vulnerables, el célebre principio que propone originalmente George Santayana, y según el cual es necesario conocer la historia para no repetirla (172), pierde toda precisión ética y política para transformarse en una utopía. Conviene enfatizar, no obstante, que, como práctica, tanto la memoria histórica como la colectiva constituyen herramientas valiosas a la hora de ofrecer una resistencia crítica ante argumentos políticos, culturales e incluso económicos que desplazan los derechos humanos a una consideración de segundo orden, a veces incluso bajo el espejismo de su invocación. Como práctica, la memoria no se limita al conocimiento de qué ocurrió, cuándo o por qué, sino que involucra a cada individuo en un proceso reflexivo que condiciona su recepción e interpretación de aquellas representaciones y discursos que conforman la percepción histórica y colectiva de un evento determinado.

En el marco de estas consideraciones, este volumen explora la evolución en la cultura española de la memoria del Holocausto —entendida aquí como la memoria tanto de las víctimas y supervivientes judíos como de los republicanos antifascistas deportados en los campos nazis— y su relevancia para profundizar en el proceso de democratización e integración de España dentro de un marco político y cultural de carácter global. Más allá de toda correspondencia anecdótica, y a diferencia de otros estudios que

en Ucrania se desplomó dramáticamente después del impactante ataque terrorista de Hamás el 7 de octubre. En los días previos a la guerra entre Israel y Hamás, la batalla en Ucrania representaba alrededor del ocho por ciento de la cobertura televisiva de CNN. Después de los ataques, CNN —la cadena de noticias por cable que brindó la mayor cobertura a Ucrania— cayó a menos del uno por ciento» (web).

abordan las experiencias de estos colectivos de forma individualizada, este volumen se enfoca en el análisis de enunciados y formaciones discursivas que conforman una memoria interrelacionada del horror de los campos nazis en la cultura española. A pesar de sus particularidades, el genocidio judío y la deportación republicana comparten, además de un mismo contexto histórico y cronológico, el imaginario de los campos de concentración y exterminio como punto principal de referencia. Esto justifica la necesidad de establecer un diálogo entre ambos eventos, desde el que reflexionar sobre la historia social y política española dentro del ámbito de los derechos humanos y en un escenario europeo más amplio. Conviene clarificar que este análisis no propone una investigación historiográfica sobre estos acontecimientos; estas cuestiones ya cuentan con una extensa bibliografía. Por el contrario, y desde un enfoque diacrónico y multidisciplinar, este estudio analiza la configuración de una memoria pública de los campos nazis en la cultura española desde la Segunda Guerra Mundial hasta la segunda década del siglo *xxi*, prestando especial atención a los discursos históricos, políticos y culturales, y al papel que juegan los distintos medios tecnológicos y de comunicación en este proceso.

La memoria española de los campos nazis se nutre, en primer lugar, de las representaciones cinematográficas y literarias del genocidio judío que han alcanzado relevancia internacional y que han moldeado tanto la percepción global de este acontecimiento como la comprensión de la deportación republicana tras la guerra civil española (1936-1939). A esto se suma, a modo de conocimiento subyugado —es decir, que no recibe ningún tipo de reconocimiento oficial— el discurso histórico-testimonial que articula un reducido número de exdeportados republicanos desde el exilio y, a partir de los años setenta, en España. Estos relatos aportan una perspectiva valiosa sobre la lucha antifascista como vínculo conceptual que conecta la historia social y política española con la europea. Cabe agregar la revisión y conceptualización de estas experiencias dentro del proyecto de recuperación de la memoria histórica que surge a principios del siglo *xxi*, y que estimula una reflexión política y cultural del pasado reciente desde nuevas perspectivas y criterios metodológicos.

Con el propósito de indagar en esta cuestión, y a modo de contextualización histórica y teórica, el primer capítulo explora el proceso de construcción del discurso testimonial del Holocausto en Estados Unidos y Europa desde la Segunda Guerra Mundial hasta la segunda década del siglo *xxi*, y su impacto en la cultura española. El segundo capítulo analiza cómo la dictadura franquista contiene e instrumentaliza políticamente el discurso

sobre el Holocausto, mientras que, de forma paralela y al margen de este, emerge un discurso testimonial sobre la deportación y el genocidio judío en la cultura del exilio republicano. Por su parte, el tercer capítulo examina la asimilación de la cultura española a la memoria global del genocidio judío que promueven el cine y la televisión y, como fenómeno interconectado, la recomposición de la memoria de la deportación republicana en el último cuarto del siglo xx. En lo que podemos considerar como un punto de inflexión ético y literario, el cuarto capítulo discute dos obras ejemplares publicadas en el año 2001, que, partiendo de una concepción sefardí de la historia, establecen un diálogo consistente entre la memoria histórica española y la europea: *Velódromo de invierno*, de Juana Salabert, y *Sefarad*, de Antonio Muñoz Molina. Finalmente, el quinto capítulo aborda la asimilación de la memoria de la deportación dentro del marco del movimiento por la recuperación de la memoria histórica en España y como parte de una cultura de difusión digital que opera en los límites de la historia y la ficción lúdica. Este último apartado concluye examinando cómo la cultura digital y las redes sociales —particularmente Netflix y X (anteriormente Twitter)— contribuyen a fragmentar el discurso historiográfico y testimonial en una multitud de enunciados independientes, hasta transformar la memoria del Holocausto en un contenido difuso y transitorio que no garantiza la reflexión crítica.

El análisis de la representación y asimilación cultural del horror de los campos nazis complementa a su vez la memoria de la Guerra Civil y la dictadura franquista con una memoria periférica —la del exilio republicano— que se proyecta sobre Europa y que, a pesar de su centralidad para comprender la historia reciente de España, tan solo ha recibido una atención secundaria en el discurso cultural. Mientras que la memoria de la Guerra Civil y la dictadura ayudan a comprender las prácticas represivas del franquismo y sus estrategias de socialización política, el tratamiento de la memoria del genocidio judío y de la deportación republicana aporta perspectivas valiosas sobre el proceso de asimilación política y cultural de España en la comunidad internacional durante el periodo dictatorial y tras el establecimiento de la democracia. De hecho, la memoria del Holocausto puede interpretarse como un espejo en el que se proyectan las prioridades políticas y culturales de España frente a la comunidad internacional, y que evoluciona al ritmo del proceso de democratización que se inicia en los años setenta y que se extiende hasta nuestros días. Esto justifica la relevancia del presente análisis en un contexto que, como refleja la Ley de Memoria Democrática de 2022, reconoce finalmente los vínculos entre la memoria histórica española y

europea. La comprensión de los mecanismos que determinan la construcción y el desarrollo de la memoria histórica y colectiva de los campos nazis, así como el análisis de la interrelación entre ambas, resulta fundamental para entender la relación entre el poder político, la narrativa histórica y el discurso cultural, y prevenir la instrumentalización de la memoria de una de las mayores tragedias jamás registradas, al margen del propósito que la impulsa originalmente: evitar que un evento similar vuelva a repetirse o que incluso pueda llegar a justificarse.